

Hermann Hesse

El juego de los abalorios



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Das Glasperlenspiel*

Traducción del alemán por Mariano S. Luque, reproducida por autorización de Aguilar, S. A.

Primera edición: 1978

Tercera edición: 2012

Octava reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1943 by Hermann Hesse. Renewal copyrigh 1971 by Heiner Hesse.

All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7225-0

Depósito legal: M-12.815-2012

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Introducción
53	Biografía del <i>Magister Ludi</i> José Knecht
55	La vocación
99	Waldzell
126	Años de estudio
165	Dos órdenes
199	La misión
130	<i>Magister Ludi</i>
261	En el cargo
295	Los dos polos
323	Una conversación
360	Preparativos
388	La circular
418	La leyenda
481	Lo que dejó escrito José Knecht
483	Poesías de juventud
501	Los tres <i>curricula vitae</i>
503	El hacedor de la lluvia
549	El confesor
582	El hindú

A los viajeros de Oriente

El juego de los abalorios

Ensayo de una introducción

fácilmente comprensible

a su historia

... non entia enim licet quodammodo levibusque hominibus facilius atque incuriosius verbis reddere quam entia, verumtamen pio diligenti-que rerum scriptori plane aliter res se habet: nihil tantum repugnat ne verbis illustretur, at nihil adeo necesse est ante hominum oculos proponere ut certas quasdam res, quas esse neque demonstrari neque probari potest, quae contra eo ipso, quod pii diligentesque viri illas quasi ut entia tractant, enti nascendique facultati paululum appropinquant.

Albertus Secundus

(*Tract. de cristall. spirit.* Ed. Clangor et Collof., lib. I, cap. 28.)

Traducción de propia mano de José Knecht:

... pues, aunque en cierta manera y según el parecer de la gente frívola, las cosas inexistentes son más fáciles de representar con palabras que las existentes y hay menos responsabilidad en tal representación, en cambio, para el historiador fiel y concienzudo, son cabalmente lo contrario: nada escapa tan aína a la exposición verbal y nada es, sin embargo, tan necesario de poner ante los ojos de los hombres como ciertas cosas cuya existencia no puede demostrarse ni es verosímil, si bien justamente por el hecho de que personas fieles y concienzudas las consideren existentes en cierta medida, vienen a dar un paso para acercarse al ser y a la posibilidad de nacer.

Es nuestro deseo dejar aquí consignado que los datos biográficos acerca de José Knecht —«*Ludi Magister*¹ Josephus III», como se le llama en los archivos del Juego de Abalorios— son escasos y que no hemos podido hallar más. No nos ciega la realidad de que este ensayo está, hasta cierto punto, en contradicción con las leyes y con las usanzas vigentes en la vida espiritual, o por lo menos parece estarlo. En efecto: precisamente la eliminación de lo individual, la inserción más completa —dentro de lo posible— de la persona en la escala jerárquica de las autoridades educativas y de las ciencias, es entre nosotros uno de los principios supremos de la vida del espíritu. Y este principio ha sido asimismo aplicado, por larga tradición, tan dila-

1. El autor, que ya indica (p. 46) la equivalencia de esta expresión, ha querido seguir la tradición de muchos centros de enseñanza, eclesiásticos y seculares, de diferentes naciones y especialidades, en los cuales se ha designado o se designa a los docentes con títulos latinos o grecolatinos. La primera vez que se empleó el nombre de *Magister Ludi* o *Ludi Magister* fue en la antigua Roma, para designar a maestros del grado más elemental de enseñanza primaria. (N. del T.)

tadamente, que hoy es difícil en extremo –y en muchos casos aun imposible del todo– encontrar pormenores biográficos y psicológicos de las personas individuales que han servido en forma sobresaliente a aquella jerarquía; son muy numerosos los casos en que ni siquiera pueden determinarse los nombres propios. En verdad una de las características de la vida espiritual de nuestra provincia es la de que su organización jerárquica tiene el ideal de lo anónimo y llega muy cerca de alcanzarlo.

Si, a pesar de ello, insistimos en este intento nuestro de fijar algunos puntos en lo que respecta a la vida del *Magister Ludi* Josephus III y de hacer un bosquejo que delimite la imagen de su personalidad, no lo hacemos por culto personal o por desviarnos de los usos, sino que muy otramente creemos hacerlo sólo en el sentido de prestar un servicio a la verdad y a la ciencia. Es un parecer antiguo: cuanto más rigurosa e inexorablemente formulamos una tesis, tanto más irresistiblemente reclama ésta la antítesis. Aceptamos y respetamos la idea sobre la cual se funda la condición anónima de nuestras autoridades y nuestra existencia espiritual. Ahora bien: una mirada oportuna a la prehistoria de esta vida espiritual, es decir, a la evolución del juego de abalorios, nos muestra necesariamente que toda fase de desenvolvimiento, toda estructuración, toda mudanza, todo acaecer esencial, ya se interprete en sentido progresista, ya en sentido conservador, delatan de una manera indefectible a la persona que introdujo el cambio o que se hizo instrumento de la transformación y perfeccionamiento, no como a su único y real autor, mas sí como a su rostro más ostensible.

Seguramente lo que entendemos hoy por personalidad es algo muy diferente de lo que querían decir con tal palabra los biógrafos e historiadores de épocas precedentes. Para éstos, y particularmente para los escritores de épocas en que era marcada la inclinación al género biográfico, parece –permítase la expresión– que lo esencial de una personalidad residía en lo discrepante, en lo anormal y único, y aun con frecuencia en lo

patológico, mientras que nosotros los modernos hablamos de personalidades importantes casi exclusivamente cuando hallamos seres humanos que, más allá de toda originalidad y rareza, han logrado ponerse en su puesto dentro del orden general en la forma más parecida a la perfección y en la misma forma han sabido prestar sus servicios, matizados de sobrepersonalismo. Si miramos con más atención, notaremos que también la antigüedad conoció ese ideal: la figura del «sabio» o del «hombre perfecto» para los antiguos chinos, por ejemplo, o el paradigma de la moral socrática, apenas se distinguen de nuestro ideal moderno, y más de una gran organización espiritual, como la Iglesia romana en sus épocas más poderosas, ha sostenido principios parecidos, y muchas de sus figuras máximas, como Santo Tomás de Aquino, se nos antojan ser –al igual que las primeras estatuas griegas– más bien arquetipos clásicos que individuos. Sea como fuere, aquel viejo y genuino ideal había ido desvaneciéndose de un modo evidente y casi total durante los años de la reforma espiritual que comenzó en el siglo XX y de la que somos herederos. Nos extrañamos cuando las biografías de esos tiempos cuentan, por ejemplo –y lo cuentan con prolijidad–, cuántos hermanos y hermanas tuvo el biografiado o cuántos costurones y cicatrices de orden anímico dejaron en él el desenlace de su niñez, la pubertad, la lucha por hacerse acreedor a elogios, el aspirantado del amor... A los modernos no nos importa la patografía, la historia clínica familiar, la vida vegetativa ni el sueño de un héroe; ni siquiera sus antecedentes espirituales, su formación a través de lecturas y estudios preferidos, etcétera, tienen especial importancia para nosotros. Sólo merece el nombre de protagonista y nuestro particular interés aquel que por naturaleza y educación acertó a permanecer situado en condiciones de dejar que su persona se diluyese casi perfectamente en la función jerárquica, sin que se perdiera esa espontaneidad fuerte, viva y admirable que constituye el valor y la fragancia del individuo. Y si entre persona y jerarquía surgen

conflictos, los consideramos justamente como piedra de toque de la grandeza de una personalidad. Así como estimamos poco plausibles los deseos y pasiones que impulsan al rebelde a romper con la norma, reverenciamos en cambio la memoria de las víctimas, que son las entidades verdaderamente trágicas.

En lo que toca, pues, a estos héroes, a estos auténticos prototipos humanos, creemos que el interés por la persona, nombre, rostro, gesto, está dentro de lo permitido y natural, porque ni en la más perfecta jerarquía ni en la organización mejor preservada de fricciones percibimos en modo alguno un mecanismo compuesto de partes muertas e indiferentes en sí, sino un cuerpo viviente, formado por piezas y animado por órganos, cada uno de los cuales posee libertad y carácter propio y comparte con los demás el milagro de la vida. En este sentido, hemos puesto empeño en buscar noticias acerca de la vida del maestro del juego de abalorios José Knecht y, en especial, de todo lo escrito por él; hemos encontrado, en efecto, varios originales que reputamos dignos de lectura.

Los informes que podemos dar acerca de la persona y de la vida de Knecht son, por cierto, conocidos, total o parcialmente, por los miembros de la Orden y, sobre todo, por los peritos en el juego de abalorios; por este motivo, nuestra obra no se dirige solamente a ese círculo, sino que confía en tener lectores comprensivos también fuera de él.

Para aquel círculo más reducido, este libro no tendría precisión de prólogos ni de comentarios. Mas como deseamos también interesar en la vida y obras de nuestro personaje a lectores de fuera de la Orden, y como quiera que éstos están menos informados, nos incumbe la tarea nada sencilla de anteponer a la obra una pequeña y popular introducción al significado e historia del juego de abalorios. Insistimos en que esta introducción es y quiere ser de carácter popular y no pretende en absoluto esclarecer las cuestiones, tan discutidas dentro de la misma Orden, que integran la problemática del juego y de su historia.

Falta mucho aún para que llegue la hora de una exposición objetiva de esos temas.

No cabe, por ende, esperar de nosotros una historia completa ni una elaborada teoría del juego de abalorios; ni autores más dignos y hábiles que nosotros podrían lograrlas. Esta labor queda reservada a épocas venideras, si las fuentes y las premisas espirituales no llegan a perderse antes. Tampoco aspira nuestro ensayo a ser un manual del juego: tal manual jamás podrá escribirse. Las reglas del juego se aprenden solamente por el método normal y preestablecido, que requiere varios años de estudio, y ninguno de los iniciados podría nunca tener interés en tornar más fáciles para el entendimiento las mentadas reglas.

Éstas, el alfabeto y la gramática del juego, vienen a constituir una especie de lenguaje secreto muy desarrollado, en el que participan muchas ciencias y artes, sobre todo las matemáticas y la música (me estoy refiriendo principalmente a la teoría musical), y que expresa los contenidos y resultados de casi todas las ciencias y puede colocarlos en correlación mutua. El juego de abalorios es, pues, un juego con todos los contenidos y valores de nuestra cultura: juega con ellos como quizá, en las épocas florecientes de las artes plásticas, pudo un pintor haber jugado con los colores de su paleta. Cuanto la Humanidad produjo en conocimientos elevados, conceptos y obras de arte durante sus períodos creadores, cuanto los siguientes períodos de sabia contemplación agregaron tocante a ideas y convirtieron en patrimonio intelectual, todo este ingente surtido de valores espirituales es usado por el jugador de abalorios como un órgano es manejado por el organista: por medio de sus teclas y pedales se palpa el cosmos entero del espíritu; sus registros son casi infinitos; en teoría, con un instrumento tal cabría reproducir en el juego todo el dintorno espiritual del mundo. Dichas teclas, pedales y registros son seguros y permanentes; tocante a su número y disposición, en realidad sólo teóricamente sería dable aportar cambios e in-

tentar perfeccionamientos; la incorporación de nuevos contenidos al idioma del juego con miras a enriquecerlo se subordina a una intervención –la más severa que pueda imaginarse– ejercida por los directores supremos. En cambio, dentro de este firme conjunto o, por conservar nuestro lenguaje figurado, dentro del complicado mecanismo de tan gigantesco órgano, cada jugador –o ejecutante– posee todo un mundo de posibilidades y combinaciones y es casi imposible que entre mil juegos rigurosamente desarrollados ni siquiera dos resulten análogos más que de un modo superficial. Aun cuando por casualidad aconteciera que alguna vez dos jugadores empezasen con la misma breve selección de temas, estos dos juegos tendrían aspecto y curso totalmente distintos, según la mentalidad, el temperamento, el estado de ánimo y «virtuosismo» de cada individuo.

Realmente es cosa que atañe por entero al albedrío del investigador hasta dónde hacer que se remonten en el pasado los comienzos y la prehistoria del juego de abalorios. Pues, como todas las grandes ideas, no tiene de hecho un comienzo, sino que existió desde siempre en calidad de tal idea... Lo hallamos prefigurado ya en muchas épocas anteriores como concepto, como intuición, como forma mágica, por ejemplo, en Pitágoras, luego en las postrimerías de la cultura antigua –en el círculo helenístico-gnóstico– como también entre los antiguos chinos; después, en el apogeo de la vida espiritual morisca; más adelante, el rastro de su amanecer histórico pasa, a través de la Escolástica y del Humanismo, a las academias de los matemáticos de los siglos XVII y XVIII, y aun a las filosofías románticas y a los rúnicos caracteres de los sueños sibilinos de Novalis. En cada movimiento del espíritu hacia la meta ideal de una *Universitas Litterarum*², en cada academia platónica, en cada gru-

2. Fórmula clásica para designar el conjunto de las ciencias. También se la usó a veces, especialmente en la Edad Media, para designar el conjunto de profesores y alumnos de una universidad. (*N. del T.*)

po de selección espiritual, en cada tentativa de reconciliación entre las ciencias exactas y las libres o entre ciencia y religión, existió como substrato esa misma idea básica y eterna que para nosotros ha tomado forma y figura con el juego de abalorios. Mentos como Abelardo, Leibniz y Hegel conocieron, sin duda, el sueño de aprisionar el universo espiritual en sistemas concéntricos y de fundir la viviente belleza del espíritu y del arte con la mágica fuerza formuladora de las disciplinas exactas. En los tiempos en que la música y las matemáticas vivieron casi simultáneamente su momento clásico, fueron corrientes las relaciones entre ambas y las mutuas fecundaciones. Y dos siglos antes encontramos en Nicolás de Cusa párrafos con la misma atmósfera, como, por ejemplo, éste: «Amóldase el espíritu a lo potencial, a fin de medir todas las cosas con el módulo de la potencialidad, y a lo absolutamente necesario, pues que así podrá medirlo todo por el rasero de la unidad y simplicidad, como hace Dios, y a lo necesario con necesidad de vinculación, para medirlo todo en punto a su particularidad; en fin, amóldase a lo potencial determinado para medirlo todo desde el punto de vista de su existencia. Mas luego el espíritu mide también simbólicamente, por comparación, como cuando se sirve del número y de las figuras geométricas y hace referencia a ellos como alegorías». Por otra parte, según parece, no es este pensamiento del filósofo cusano el único que alude casi a nuestro juego de abalorios, o corresponde y nace de parecida tendencia de la imaginación a crear juegos conceptuales como los suyos; se podrían mostrar varias y aun muchas reminiscencias semejantes en su obra. También aquel deleite que las matemáticas le proporcionaban y la facilidad y alegría con que empleaba figuras y axiomas de la geometría euclidiana para conceptos teológicos-filosóficos, como esquemas aclaratorios, parecen tener mucha afinidad con la idiosincrasia del juego, y hasta en varias ocasiones su peculiar manera de escribir el latín (las vocales son no pocas veces invención suya, mas nadie que

sepa latín las interpretaría equivocadamente) recuerda esa plasticidad de libre juego que caracteriza al lenguaje lúdico.

No menos afín –como ya lo pone de manifiesto el lema de nuestro ensayo– al número de los antepasados del juego de abalorios resulta Alberto II. Y suponemos –aunque no podamos aportar citas en apoyo de nuestra hipótesis– que la idea del juego imperó también en el ánimo de los sabios músicos de los siglos XVI, XVII y XVIII, quienes sentaron sus composiciones musicales sobre cimientos de especulación matemática. En las antiguas literaturas, se tropieza acá y allá con leyendas de juegos sabios y mágicos que fueron ideados por hombres doctos y monjes o en hospitalarias cortes principescas, y algunos se jugaron, por ejemplo, en forma de ajedrez, cuyas figuras y casillas poseían, además de sus significados ordinarios, otros ocultos. Y son bien conocidas las narraciones, fábulas y sagas de la infancia de todas las civilizaciones: esos relatos y cantos atribuyen a la música, por encima de su dimensión artística, un poder que domina a las almas y a los pueblos y la convierte en regidora secreta o en repertorio de leyes para los hombres y sus Estados. El pensamiento de una excelsa vida celestial de los seres humanos bajo la hegemonía de la música tiene su papel en la vida pública y privada desde la más remota antigüedad china hasta las leyendas de los griegos. A este culto de la armonía («en variaciones eternas nos saluda desde arriba el misterioso poder del canto», Novalis) está vinculado también, en el más íntimo grado, el juego de abalorios.

Si reconocemos, pues, como eterna la idea de nuestro juego, y, por ende, como existente y viva mucho antes que se realizara por entero, su ejecución en la forma que conocemos tiene a buen seguro su propia historia, de cuyas etapas cardinales trataremos de informar en pocas palabras.

El movimiento espiritual, cuyos frutos son entre muchos otros el establecimiento de la Orden y el juego de abalorios, tiene sus comienzos en un período de la historia que desde las

investigaciones fundamentales del historiador literario Plinio Ziegenhals lleva la denominación por él creada de «Edad folletinesca». Denominaciones como ésta pueden parecer atractivas, mas son peligrosas; con su seducción arrastran a considerar injustamente algunas situaciones de la vida humana en el pasado, y la era «folletinesca» no careció de espíritu, ni siquiera fue pobre en este aspecto. Pero –por lo menos así le parece a Ziegenhals– poco supo hacer con ese espíritu o, más claramente, no atinó a darle el puesto y la función apropiados dentro de la economía vital y estatal. Si hemos de ser sinceros, debemos decir que es muy deficiente nuestro conocimiento de esa época, aunque ella fue el terreno donde creció casi todo lo que constituye atributo de nuestra vida espiritual. Según Ziegenhals fue una época «burguesa» en especial medida y fiel a un ancho individualismo, y si citamos algunos rasgos, de conformidad con las descripciones de dicho autor, a fin de subrayar la atmósfera de la época, por lo menos sabemos con certeza que esos rasgos no son de su invención ni han sido sustancialmente exagerados o desfigurados, sino que han sido objeto de comprobación por parte del gran investigador mediante sinnúmero de documentos literarios y de otro carácter. Nos adherimos al sabio que hasta hoy fue el único en dedicar a la edad «folletinesca» indagaciones serias, y al hacerlo no hemos de olvidar que es ligereza y aberración no dar importancia a errores o malas costumbres de épocas pasadas.

La evolución de la vida espiritual en Europa parece haber tenido desde el final de la Edad Media dos grandes inspiraciones: liberar de toda influencia autoritaria pensamientos y creencias –esto es, la lucha de la razón, que se sentía soberana y mayor de edad contra toda fuerza de intención avasalladora–, y de otra parte, buscar a escondidas, mas apasionadamente, una legitimación de esa libertad mediante una autoridad nueva e idónea que nacía de sí misma. Generalizando, cabe decir que el espíritu ganó esta lucha, con frecuencia llena de sor-

prendentes contradicciones, en torno a dos objetivos en principio incompatibles. No estamos autorizados a preguntar si la balanza arroja compensación entre las ventajas obtenidas y el peso de innumerables víctimas o si nuestras normas actuales para la vida del espíritu bastan cumplidamente y han de durar o no lo suficiente para no considerar sacrificio insensato la suma de sufrimientos, espasmos y enormidades de las hogueras y de los procesos antiheréticos, y aun los destinos de los muchos «genios» que terminaron en la demencia o en el suicidio. La historia es acaecimiento; carece de importancia el hecho de si estuvo bien que ocurriese así, de si hubiera sido mejor que no ocurriese, de si estamos en condiciones de entender su «significado». Así también tuvieron lugar aquellas contien-das por la «libertad» del espíritu, el cual, por cierto, en aquella tardía época folletinesca, llegó en efecto a gozar de una libertad inaudita, insoportable para él mismo, por cuanto, en sus empeños de eludir la tutela eclesiástica y en parte la estatal, no siempre se encontró con una ley auténtica por él formulada y respetada, con una nueva autoridad y legitimidad genuinas. Los casos de degradación, venalidad, claudicación del espíritu en aquel tiempo, tal como nos los narra Ziegenhals, son en parte sorprendentes.

Nuestra circunstancia presente –hemos de confesarlo– no es la adecuada para que intentemos dar una definición clara de los frutos y productos por razón de los cuales denominamos «folletinesca» a esa edad. Al parecer fueron engendrados o elaborados por millones como parte integrante y especialmente preferida dentro de los materiales de la prensa diaria; formaron el alimento principal de lectores que habían menester cultura; informaron, o mejor dicho, parlotearon acerca de mil temas científicos, y probablemente los más inteligentes de aquellos folletinistas se burlaron a menudo de su propia labor; al menos Ziegenhals admite haberse topado con muchos trabajos de este tipo, que se inclina a interpretar como autoparo-